



Mensajero

Segunda Época Año 17 Julio 2025



Imagen de san Ignacio de Loyola en el altar mayor de la Iglesia en su honor en Parras, Coahuila. Fotografía de Alex Luna..

Los jesuitas y la iconografía cristiana en el norte de la Nueva España Un sistema de comunicación

Actividades del Archivo Histórico



Archivo Histórico
JUAN AGUSTÍN DE ESPINOZA S.J.

Mensajero

Segunda Época Julio 2025

Universidad Iberoamericana Torreón

Juan Luis Hernández Avendaño

Rector

Mirna Hernández Bañuelos

Directora General Académica

Andrea Nallely Cárdenas Morante

Directora General del Medio Universitario

Eiko Gavaldón Oseki

Directora de Investigación y Posgrados

Mariana de los Ángeles Ramírez Estrada

Editora

Sergio Antonio Corona Páez

Fundador

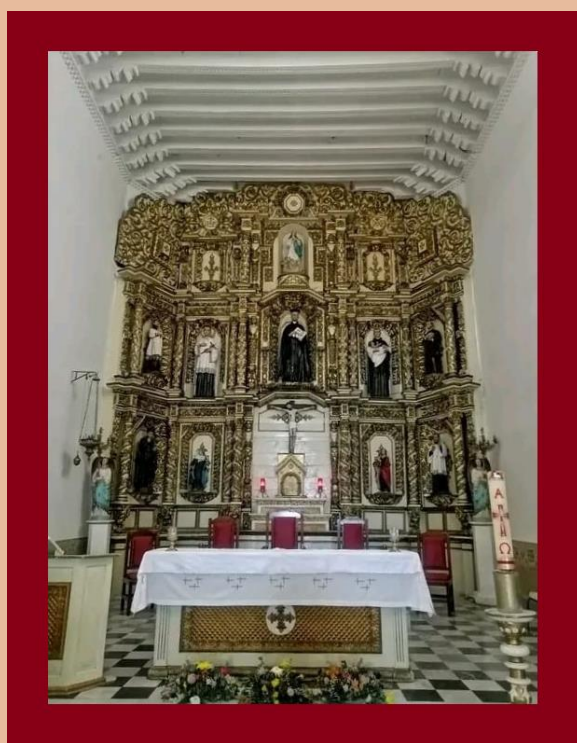
Edición Julio 2025. Segunda Época. Año 17. Publicación universitaria digital de divulgación con interés puramente cultural, de periodicidad mensual publicada por el Archivo Histórico Juan Agustín Espinoza, SJ que forma parte de la Dirección de Investigación y Posgrados de la Universidad Iberoamericana Torreón.

Calzada Iberoamericana 2255, 27020 Torreón, Coahuila. Edificio F, planta baja. Teléfono: 871-705-1010 ext. 1126. Correo electrónico: mariana.ramirez@iberotorreon.mx. Cédula AGN: MX05035AHUIL.

Los jesuitas y la iconografía cristiana en el norte de la Nueva España

Un sistema de comunicación

Mariana Ramírez Estrada*



Altar mayor de la iglesia de San Ignacio en Parras, Coahuila.
Fotografía de Alex Luna.

Desde sus orígenes el cristianismo ha
tenido la característica de expandirse.
Jesús les dijo a sus apóstoles: “[...]”

vayan y hagan discípulos de todas las
naciones, bautizándolos en el nom-
bre del Padre y de Hijo y del Espíritu

Santo [...]” (Mateo 20:19-20) e “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). Justamente la base de la evangelización ha sido ese mandato. En el caso de san Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús, la tarea de ir y anunciar la palabra de Dios es central.

Con lo anterior en mente, es comprensible que esta labor implicara el reto de la comunicación, ya que para hacer discípulos de todas las naciones, predicar el evangelio por todo el mundo y a toda criatura, y anunciar la palabra de Dios, se volvía indispensable encontrar la forma de transmitir el mensaje, primero adentrándose en las lenguas de los diferentes sitios y luego generando un sistema propio.

En ese sentido, la iconografía cristiana tiene un marcado carácter pedagógico. Antes de profundizar en él, es importante puntualizar tres con-

ceptos que tienen relación directa con este elemento:

Signo: objeto, fenómeno o acción material que, por naturaleza o convención, representa o sustituye a otro.

Símbolo: elemento u objeto material que, por convención o asociación, se considera representativo de una entidad, de una idea, de una cierta condición, etcétera.

Icono: representación visual que simboliza algo más grande, ya sea un objeto, un concepto, una función, o incluso una persona.

El hecho de que a quienes se deseaba evangelizar pertenecieran a zonas geográficas tan distintas y por ello, fueran completamente diversas sus maneras de ver la realidad y la espiritualidad, condujo a la búsqueda de claves de comprensión universales, que se desarrollaron en dos ámbitos:

Teológico/conceptual: Dios concibió la existencia de los muchos y variados seres humanos en las numerosas regiones del mundo.

Histórico/metodológico: transmisión de las verdades de la creación de Dios a las personas que manifiestamente vivían según otras concepciones y principios, pero que, sin duda, formaban parte de ella.

Así, el universalismo de los signos visuales se convirtió en una herramienta de aproximación a la diversidad de las culturas en un mundo crecientemente integrado, en búsqueda de formas de entendimiento eficientes y capaces de supercar las diferencias de las palabras. Por ello el cristianismo siempre ha sido multicultural, rasgo que ha acompañado en su devenir a la Iglesia. Por ejemplo, en la Nueva España se expresa en representaciones de marcada herencia judía: retablos de fines del siglo XVI acerca de la presentación en el templo o la circuncisión (un buen

ejemplo es el altar mayor del templo franciscano de San Miguel Arcángel en Huejotzingo, Puebla).

En el caso específico de los integrantes de la Compañía de Jesús, fundada en 1534, en su formación tenía un lugar especial la erudición emblemática, por lo que favorecían el uso, creación e interpretación de signos y emblemas; la relación entre textos e imágenes, y la lectura “figurada” o metafórica como clave hermenéutica (exegética), dando lugar a una “pedagogía de la oscuridad” que lograba retener el interés de la mirada sobre la imagen figurada, y mover a descifrar su sentido metafórico.

Entonces, la enseñanza a través de imágenes contribuía a captar mejor ideas y conceptos abstractos por medio de mensajes icónicos. Los indígenas de la Nueva España “confiaban sus secretos de muy diversas maneras, sin echar mano a letras, por medio de signos y figuras, y usando una especie de poligrafía [arte de escribir



por diferentes modos secretos o extraordinarios, de suerte que lo escrito no sea inteligible sino para quien pueda descifrarlo]” fray Diego de Valadés (1579), citado por González Marchetti (2018, p. 38).

La visión antes mencionada está presente en la universalidad de los signos del tipo de iconicidad propuesta por los jesuitas, quienes hicieron una mayor asimilación de las culturas indígenas al cristianismo, sin caer en una marcada occidentalización, sin dejar de tener en mente las implicaciones de que algunos grupos de naturales a quienes evangelizarían —sobre todo en el norte— se encontraban en una etapa primitiva cercana al neolítico (en su mayoría eran cazadores-recolectores nómadas), al Renacimiento.

Cuando hablamos de la enseñanza con el intermedio de imágenes, de ningún modo queremos decir que las órdenes religiosas no se interesaron en el aprendizaje de las lenguas ori-

ginarias, sino que, por el contrario, además de aprenderlas profundizaban en su estudio. En particular la Compañía de Jesús estableció la norma de no conceder la ordenación sacerdotal a menos de que se demostrara con suficiencia el dominio de alguna de ellas.

Para tener un panorama específico de la forma en que se aplicó esta “pedagogía de la imagen” por parte de los jesuitas en el norte de la Nueva España, resulta fundamental traer a la memoria algunos datos relevantes (con base en López de Lara, 2001):

- En 1566 un primer grupo de 15 compañeros se ubica en Florida, nueve de los cuales murieron asesinados por los indígenas.

- Para 1572, después de una estancia en la Habana, los seis sobrevivientes se integraron al grupo del padre Pedro Sánchez. Para entonces la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús comprendía la isla de

Cuba, toda la tierra conocida de la Nueva España (incluyendo el actual estado de Arizona y la totalidad del territorio que hoy es Centroamérica) y hasta 1605 el archipiélago de las Filipinas.

- Entre 1560 y 1570 en la Ciudad de México se construye la primera iglesia (actual parroquia de San Gabriel Arcángel), edificada con mano de obra indígena de la gente del cacique de Tacuba don Antonio (Cortés Totoquihuaztli).

- Posteriormente se fueron construyendo otros templos en los que: había predicación y asesoría espiritual; formación de los miembros de la Compañía (colegios máximos), y gradualmente de otros alumnos (se abrieron cuatro internados o colegios mayores).

- En 1573 inicia el noviciado y la apertura de residencias en varios territorios. Los jesuitas que ahí vivían estaban predominantemente dedicados a la atención de los indígenas.

Cabe mencionar que hubo colegios-residencia y viceversa.

- Los jesuitas en la Provincia de la Compañía en 1580 ya eran 107.

- Para 1593, además de otros sitios, se abre una residencia (con un padre y dos hermanos) en el Valle del Guadiana (Durango) donde comienza a funcionar el Colegio de Guadiana (modalidad residencia-colegio). Se trató de una misión transitoria, como hubo varias, que se establecieron, pero no prosperaron debido a variadas causas. Lo que se pretendía era tener un sitio que constituyera el punto desde el que fuera posible “ir a misionar”: los sacerdotes y estudiantes se desplazaban en busca de los núcleos indígenas más cercanos para evangelizarlos. Precisamente de la labor evangelizadora organizada así surge el nombre de “misiones” para los asentamientos que a partir de ella iban formándose.

- Por iniciativa del padre Claudio Acquaviva (1543-1615), para atender

a profundidad a la multitud de pueblos indígenas del noreste era necesario quedarse a vivir entre ellos, aprendiendo a fondo su lengua y conociendo de cerca sus costumbres. Con esta idea, en 1592 el padre Gonzalo de Tapia fue el primero en establecer misiones permanentes en Sonora. Luego la actividad jesuita siguió en definitiva por dos grandes cauces: las misiones y la educación.

•Arquitectónicamente las misiones jesuitas se planteaban con un conjunto de edificios “nuclear”, formado por la iglesia y el colegio, y próxima a ellos se situaban la residencia de los padres y otros espacios de trabajo, por ejemplo, talleres.

Con el ciclorama antes descrito, específicamente nos referiremos a la misión de Parras (en el actual estado de Coahuila), que fue permanente, porque representa un caso en que el reto de comunicación —y también del propio medio y la forma de vivir

de sus habitantes— es muy evidente, y posibilita poner de manifiesto la manera en que fue solventado por los jesuitas.

En la zona había pequeños y muy dispersos grupos de indígenas viviendo a orillas de La Laguna, alimentándose de la pesca. Por el valle de las Parras vagaban los irritilas, que cazaban venados y conejos o también pescaban en el citado cuerpo de agua. Por su parte, los habitantes del inmenso desierto del Bolsón de Mapimí se alimentaban de raíces y frutos del nopal, mezquite y otros, también silvestres.

El padre Juan Agustín de Espinoza invitó a todos los indios de la comarca a poblar el valle de las Parras. El 18 de febrero de 1598 un contingente integrado por 15 de ellos y sus vasallos, además de otros indios principales, formaron un grupo de aproximadamente mil habitantes (en 1777 un historiador que visitó Parras escribió que los padres jesuitas ha-



bían fundado 15 pueblos donde hubo “mucho vecindario”).

Se acondicionó un recinto para capilla, otro destinado a hospital y uno más a aposento del padre Espinoza, quien comenzó una intensa catequesis colectiva, al igual que la atención a los pobladores en lo referente a salud y educación. Después de su muerte (1602) hubo alrededor de seis misioneros tanto en Santa María de las Parras como en el pueblo de Parras y los asentamientos principales de San Pedro, Santa Ana y San Ignacio, con límites en Cuatrociénegas (Cohuila), y Mapimí y Cuencamé (Durango).

El colegio fundado en 1598 dejó de estar a cargo de los jesuitas de 1646 a 1763, periodo en que tres o cuatro lo conservaban y atendían la iglesia de San Ignacio, que alberga la iconografía cristiana de los siglos XVII y XVIII, plasmada en mampostería, decoración, pinturas e imágenes de bulto, que en conjunto constituyen un sistema de comunicación

cimentado en la universalidad, el cual fue generado para evangelizar a los indígenas y continúa ofreciendo su gran riqueza simbólica hasta nuestros días.

Fuentes consultadas

Bastero Montserrat Juan Jesús, SJ (2022). *La autobiografía de san Ignacio de Loyola*. Comunidad SJ de El Salvador. Zaragoza.

Díaz Díaz Teresa (2018). *Las imágenes religiosas como forma de comunicación*. Museo Tiflológico de la ONCE. Madrid.

López de Lara Pablo, SJ (2001). *Los jesuitas en México. Breve historia de cuatro siglos de la Provincia Mexicana (1572-1972)*. Obra Nacional de la Buena Presa. Ciudad de México.

González Marchetti Ricardo (2018). “Los jesuitas y la imagen-signo”. *IHS Antiguos Jesuitas en Iberoamérica*, vol. 6, núm. 2, julio-diciembre.



***Acerca del autor**

Por más de 25 años se ha desarrollado ampliamente en el ámbito editorial, tanto en la región lagunera como en otras ciudades del país, realizando la preproducción y producción de libros y revistas de diversas temáticas (proceso que en muchos casos implica la investigación documental y de campo), así como de variadas instituciones, organizaciones y autores independientes. Docente y promotora de actividades y estrategias de fomento a la lectura y la escritura dirigidas a todo tipo de públicos, entre las que desde 2016 coordina académicamente el Concurso LEEMOS, organizado por el periódico *El Siglo de Torreón*. A partir de 2017 encabeza la consultoría Laboratorio Cultural. Actualmente coordina el Centro de Difusión Editorial y tiene a su cargo el Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, SJ de la Universidad Iberoamericana Torreón. Es licenciada en Ciencias Humanas (Ibero Torreón) y cuenta con diplomado en Producción Editorial (Conaculta).

Correo electrónico: mariana.ramirez@iberotorreon.mx



Actividades del Archivo Histórico

Julio 2025

Visita de estudiantes en verano

En el Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, SJ tuvimos la fortuna de recibir a las alumnas de la maestra Ángela Prince Guerrero, docente de nuestra Universidad en los departamentos de Humanidades y Ciencias Sociales, y Ciencias de la Salud.



Las jóvenes que acudieron al Archivo cursaron en el periodo de verano la materia de Epistemología, dentro de la Licenciatura en Educación. Estuvieron muy interesadas en saber acerca de los fondos documentales y observaron algunos ejemplos de ellos.

Sin duda estas visitas son invaluable, ya que el Archivo Histórico cuenta con un acervo que está a disposición de los futuros profesionales para nutrir sus trabajos e investigaciones.

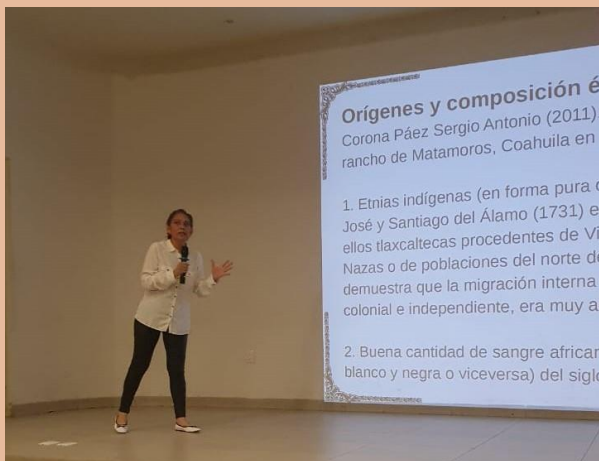
Orígenes de los habitantes de La Laguna

La conferencia “Genealogía de los laguneros” se llevó a cabo el 28 de julio en el Auditorio Claret. Mariana Ramírez Estrada, coordinadora del Centro de Difusión Editorial y el Archivo Histórico de la Ibero Torreón compartió con los asistentes que esta región, desde sus orígenes más remotos, se ha caracterizado por una constante inmigración y movilidad de su población.



Más que tratar acerca de inmigrantes específicos tanto nacionales como extranjeros, el abordaje de la expositora se centró en las razones socioeconómicas y políticas que motivaron la llegada de numerosos grupos de habitantes que sobre

todo a partir de finales del siglo XIX y principios del XX, conformaron la Comarca Lagunera.



Resaltó factores como la presencia del ferrocarril y el auge de la actividad agrícola, que unidos a las políticas del Estado en cuanto a la atracción de migrantes, hicieron que La Laguna se convirtiera en un sitio atractivo.

En el cierre de su presentación Ramírez Estrada sugirió a los asistentes herramientas para ahondar en su propia genealogía, enfatizando que conocer nuestros orígenes como comunidad e individuos contribuye a que nos comprendamos mejor y, por ende, tengamos una vida más plena.



Celebrando a San Ignacio en Parras

En el marco de los festejos con motivo del día San Ignacio llevados a cabo por la comunidad de jesuitas en Parras, encabezada por Oscar Rodríguez, SJ la tarde

del miércoles 30 de julio la Dirección de Investigación y Posgrados de la Ibero Torreón, a través del Centro de Difusión Editorial y el Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, SJ presentó una conferencia que resaltó el valor espiritual y artístico de la iglesia de San Ignacio de Loyola.



Con el título “Iglesia de San Ignacio de Loyola en Parras: riqueza espiritual y artística”, el preámbulo estuvo a cargo de Mariana Ramírez Estrada, coordinadora del Centro de Difusión Editorial y el Archivo Histórico de nuestra Universidad, quien compartió con los asistentes datos acerca del manejo pedagógico y simbólico de las figuras plasmadas en pinturas, imágenes de bulto y otras piezas mediante el que los primeros integrantes de la Compañía de Jesús en el noroeste de la Nueva España encontraron la forma de realizar su misión de ir y anunciar la palabra de Dios, venciendo los retos de comunicación con planteamientos basados en la búsqueda de claves de comprensión universales.



Por su parte, la maestra Carola Sánchez Anívarro, restauradora de arte y cronista adjunta de la ciudad de Torreón, profundizó acerca de aspectos técnicos



en la ejecución de las obras correspondientes a los siglos XVII y XVIII que se encuentran en la iglesia de San Ignacio, aportando información detallada en cuanto al uso de materiales, y la preparación de los lienzos y los pigmentos. Asimismo, hizo notar que las pinturas de caballete y todos los elementos del altar mayor fueron rea-

lizados por pintores y artistas que, aunque no los firmaron, seguramente habían sido discípulos de quienes ya contaban con una notoria perfección en su oficio. Finalmente, invitó al público a observar las obras que albergan los recintos religiosos, precisamente porque al hacerlo ocurre la unidad entre la espiritualidad y la apreciación estética.







Síguenos en Facebook: Archivo Histórico Ibero Torreón
Ingresa a nuestros anteriores números.